

Unidad 1

- Oficio de leer (I): apuntes de Ricardo Garibay.

Oficio de leer



Ricardo Garibay

Te entregas a leer, porque ya casi no sabes ni puedes hacer otra cosa, y vas cazando, acá y allá, los momentos de mucha felicidad donde el idioma de los autores abre para la intelección el misterio de la vida.

Es decir, la lengua castellana sube de repente adelgazándose hacia sus secretos; sube en el espacio y en el tiempo hasta un mirador desde donde señoreas las distancias; la lengua es la vida y es una lente purísima la que has hallado, para mirarla; ves a los hombres y sus quehaceres, y la entraña de las cosas; todo nítido en el pasado y en el futuro, porque las onduras suben a la superficie; dominas por un momento un valle de belleza perfecta y perenne.

Algunas veces el escritor consigue eso con tres o cuatro palabras; a veces es un adjetivo inesperado e insustituible; o es algo cien veces visto y recién nacido en la devoción del autor; o es algo con lo que has tropezado diariamente, y sólo ahora, en la lectura, deja el “no sé qué que queda balbuciendo”.

Es evidentemente una emoción religiosa del autor, y es una visión religiosa del que lee. Es un salto metafísico de las palabras. Ahí se aclara el mundo, en el filo de una estría clarividente.

Ya hice eso en *Paraderos literarios*, en marzo del 95, para Joaquín Mortiz. Ahora hago lo mismo para Rogelio Carvajal, en el *Oceano* de este 96. Lo mismo y cosa diferente, porque siguieron las lecturas, han seguido, y en ellas los hallazgos repentinos que a mí y al generoso lector nos llenan de júbilo y nos mejoran.

LO POLICIAL, LOS CLÁSICOS Y LOS NECIOS

En diciembre de 1993 salió a las librerías *Trío*, tres historias breves y fantásticas que tardaron en madurar veinte años. Son la búsqueda de algún misterio en la *realidad*; la imaginación como empeño el más verdadero del alma, como su liberación de la tiranía de los días. No todo ha de ser lo que se ve y lo que se tiente, no todo ha de darle la razón a la tosca razón. Hay universos paralelos donde muchas cosas suceden de veras, cosa de estar atento para sentirlos, para mirarlos, para oírlos transcurrir. Mi afán escribiendo las historias era muy delicado. No sé si las conseguí.

En diciembre también, entregué a la imprenta *Paraderos literarios*, que es lo que cada lectura arrima al oficio de escribir, que dura ya tantos años.

Y con una cosa y con la otra —el libro que al fin sale, el manuscrito que se entrega— me quedé doblemente vacío, hecho un *quídám*, sin nada que decir ni pensar, que escribir ni leer

siquiera. Llegaron días negros, de blancura pareja, días sin sonido. Horas viendo la lámpara apagada, la pared, las estúpidas bellezas del crepúsculo. Y la esterilidad asfixia, porque quita el ánimo hasta de respirar.

Dije: novelas policiales, no queda otro remedio. Y me lancé, con exaspero y humildad, sobre Edgar Wallace, Agatha Christie, George Simenon. Y me quedé más hueco que antes, y avergonzado, además, sucio, pecaminoso, embarrado de mucha ordinariez. ¿Cómo es posible pasar dos semanas leyendo semejantes necedades? ¿Qué me importa a mí quién mató al idiota de la primera página? Y todo tan hechizo y tan tramposo, tan hecho según clisés cien veces probados en la satisfacción de los babiecas. Nada es cierto, ninguna humanidad vive ahí. Se trata sólo de trazar ires y venires donde se esconde ingeniosamente el asesino. Y he conocido lectores acuciosos de toda esa bazofia, que a las primeras diez páginas saben sin titubeos quién cometió el crimen. Meras exterioridades, un ballet grotesco, no más, y de repente la carta escondida en la manga y la consabida inesperada solución. Podría uno pasar la vida en esa llamémosle literatura, y al final no sabría nada de los pecados de los hombres. El malo es *el malo* porque, si no, no funciona la novela; el astuto es *el astuto* y debe desenmascarar a aquél; la mujer es bella y perversa, o muy dulce y deseable, o es gorda e ingenua o es grotesca o pintoresca; también, son mujeres que no se aburren en el monótono trazo

de sus vidas inútiles. Y no hay ni puede haber cambio en esto, porque una humanidad que depende del puñal, el veneno o la pistola, debe ser previsible ciento por ciento; el menor asomo de veracidad daría al traste con la múltiple armazón de las marionetas, con la novela policial.

Y sigo considerando a Simenon el mejor. No en balde calienta sus ficciones en la mejor Europa, y él mismo vivió hasta la tragedia sus propias frivolidades. Maigret y los demás personajes viven humanamente, y las ciudades y los paisajes donde se cometen las fechorías hierven efímeramente —como en la vida diaria, sin sorpresas, con dolor, con asco, con monotonía— y dejan ver cierta especie eterna indiferente a la trama del autor. Pero, en Simenon mismo, veamos la manera de echar a perder *policialmente* un excelente argumento.

En una novela titulada *Maigret chez les flamands* ("Maigret en casa de los flamencos") el asunto es: un joven alto, feo, suave y frágil es echado a perder por cuatro mujeres que lo *adoran* como a lo más principal en el mundo: su madre, trabajadora y mensa, su hermana mayor, dura e inteligente, su hermana menor, enferma y religiosa, y su prima, linda y adinerada y que será esposa del joven. Pero éste, en un día de campo, se enreda con una obrerita y nace un hijo. El matrimonio se irá al caño. Hay que matar a la obrerita. Y la hermana mayor lo hace, con un martillo, y echa el cadáver al río Mosa, que viene de crecida. El crimen es repulsivo, más

que por el martillo y el cráneo convertido en puré, por lo innecesario. ¿Qué le impidió a Simenon trabajar a fondo el atractivo tema? ¿No basta la adoración de cuatro mujeres que enflaquece el espíritu hasta la monosilabidad de un joven estudiante? ¿Para qué el crimen, que deja en la sombra la urdimbre de esas almas femeninas y la del alma masculina? ¿No es suficiente la devorante devoción de cuatro mujeres poderosas por un muchacho que nunca será hombre cabal? ¿No sería éste, en último término, el verdadero crimen?



Ahora bien ¿por qué se lee tanto la novela policial?

Aparte el secreto impulso, que cada quien tiene, de cometer un buen crimen (y éste es el *razonamiento* más general), creo que puede la cosa resolverse así: la novela policial no cala en los personajes, cada uno echa a andar de acuerdo con un esquema necesariamente previo y rígido; causas, motivaciones y finalidades, el revés de la trama en la literatura (y eso es precisamente la literatura), cualquier cosa que pueda asomarse al misterio de la vida, a lo inexplicable o gratuito de la conducta, todo lo que hace al hombre ser el hombre, resulta invisible o fuera de consideración porque no existe, no es contemplado porque no es conveniente para el planteamiento ni para el curso ni para el desenlace de la historia que se cuenta. Por eso su lectura nos

hace descansar. Estar en el mundo no entraña un problema, es un hecho simple, fácilmente comprensible. Y se habla, a propósito de los seres humanos, con generalidades, con vaguedades que forman la sabiduría de la calle, con los lugares comunes que sobre la existencia son el acervo de "la universidad de la vida", a la que asiste con jactancia el dasman. No hay buceo en el espíritu. Nada hay que saber, que pensar o repensar si se está leyendo una "novela negra". Se devoran las páginas, se cumple simbólicamente el asesinato anhelado y queda uno de acuerdo con Juan-Pueblo: la vida no tiene más de lo averiguado hasta ahora. Este discurrir desde abstracciones, sólo con la *experiencia natural* que se me ha dado por el mero hecho de existir, es el conocimiento que sin sorpresas y sin dudas me propone la literatura policial. Y claro, por ahí nada puede ser más descansado ni más intrascendente. Si fuera divertido contemplar sin término los quehaceres de un hormiguero, tendríamos el símil adecuado del devorador insaciable e innumerable de la literatura de los policías, los asesinos y los ladrones.



Como la vida, a los setenta y un años de edad, ha pasado más leyendo que viviendo, si se abre un compás de espera en la lectura, no se siente la vida; un avergonzado sentimiento de parasitismo invade el ánimo, uno sabe que no tiene derecho a nada, la imaginación se absorbe en

naderías agotada y hambrienta. Lo policial había desembocado en eso que digo atrás. Y pensé ¿será que se secó la fuente y hay que llenarla de nuevo? Las palabras se esconden ¿hay que ir al origen otra vez? Bien, veamos. Y abrí el Quijote. Acá y allá, cuatro o cinco capítulos. Me caía de aburrimiento. Ñoñas y más que barrocas se me hacían las historias, fatigosísima y retorcida la extensa sintaxis de Cervantes, y como si detrás del texto se hiciera sentir esta incesante advertencia: “Vamos, paciente lector, tú y yo sabemos que esto que estás leyendo no es cierto, no ha sucedido ni podrá suceder, que así lo estoy contando ¿no se me nota el gracejo? Son bobadas fantasiosas que alguna leccioncilla moral habrán de dejarte en el magín”. Dije mierda y boté el libro, y pensé: ¿y Calderón? *La vida es sueño*. Lo leí en Mascarones hace cincuenta años. Me maravilló. Hoy me indignó. Hay que tener hígado para soportar a los clásicos, ciertamente. Qué cantidad de tonterías. El intolerable simbolismo. Lo acomodaticio de las invenciones. La cháchara del lujo del idioma; ese lujo en la embriaguez de sí mismo. No, no. Sí estamos enfermos de inmediatez —como quiere Santiago Genovés—, y de ahí que las lentas y tácitas proposiciones de los siglos clásicos, a veces, sorpresivamente nos fastidien más de la cuenta.



Y vine a dar a Montherlant. Henri de Montherlant nació en 1896. Escribió novelas, poesía y teatro. Era eminente. Se suicidó en París en 1972. Hoy no lo lee nadie. En su libro *La rose de sable* ("La rosa de arena") tiene esta frase: "La particularidad de aquella señora era que nunca se apeaba de lo sublime. La embargaba todo lo grande, lo difícil, lo heroico o lo simplemente absurdo". La burla, o, más bien, el sarcasmo que se hace del personaje está en el verbo apearse unido inmediatamente a *lo sublime*, y en el adjetivo absurdo como suplencia y equivalencia de *lo grande* y *lo heroico*. Apearse es desmontar o desmontarse, y uno se desmonta o se apea de un bruto o de una armazón cualquiera. Si uno no se apea de la mayor excelencia que puede haber, que es lo sublime, está haciendo de lo más lo menos, está hollando lo sagrado, está ordinariamente a horcajadas en el mayor de los valores. Es también una actitud groseramente material referida a la especie espiritual más elevada. La cosa es grotescamente cómica. Luego, que dé lo mismo andar entre lo grande y heroico o en el absurdo, es no hacer diferencia entre lo más y lo menos, es anular lo más con lo menos; vivir obsesionado con la grandiosidad, o, en su defecto, con el absurdo, es una forma de idiotismo. Y esto, o el ser meramente absurdo, es lo que, a fin de cuentas, define al personaje.

Y advierto en Montherlant un propósito reiterado de construir sus personajes como marionetas cargadas de tintas; no los definen las

acciones ni los diálogos, sino las descripciones del autor, de donde devienen risibles y despreciables, habitantes de un ácido astracán. Y me pregunto: ¿qué sentido tiene la burla del escritor sobre sus propias creaturas? Me deja perplejo. No veo veraz el afán ni respetable. ¿Para qué ridiculizar el mínimo universo que uno mismo crea? Si es tan deleznable ¿para qué crearlo?

Comento eso con el pintor Vlady, y me dice:

—Es una de mis vergüenzas, haber tratado personalmente a Montherlant, ese mentecato.

En cambio, el ácido de Montherlant atina regocijadamente cuando muerde *la realidad* de su tiempo. Veamos este párrafo, donde parece que está hablando de nuestro país y su actualidad intelectual: “La palabra *gonfling* aparece escrita en algunas barracas de feria, en las que el juego consiste en hinchar globos a fuerza de pulmón, y cada cual procura que el suyo estalle primero: sólo faltan en los globos los nombres de los escritores de moda”.



Una nota de *El manuscrito carmesí*, de Antonio Gala, español, escritor de hoy día. El libro tiene seiscientas páginas, y su lectura a ratos pesa como el plomo. Es la vida de Boabdil El Zogobi, el Desventuradillo, último rey moro de Granada. Guerreó contra los castellanos, perdió, pidió gracia, se la dieron, los traicionó, volvió a perder y se fue a morir al África, en el combate de Bamba.

Refinamiento, amores, derrotas y melancolía. Gala es viejo y homosexual, y de suyo o del propio Boabdil —vaya uno a saber con los árabes entonces— las escenas de amor aberrante se dan acá y allá y allá, narradas con deleite minucioso, y esto fastidia profundamente.

Describiendo a un parásito, hermano del rey, que no hace sino tragar manjares noche y día, almacenando kilos y enfermedades, entre almohadones derramándose en gigantescas bacinicas días y noches el árabe monstruoso, dice Antonio Gala: “Vivía sólo para seguir viviendo”. Y aparto la frase como una astucia literaria porque da súbitamente una visión multitudinaria de los hombres, de los hombres innumerables que viven sólo para seguir viviendo. Leon Bloy señalaba a los que van del útero al sepulcro, sin ningún apetito de misterio y sin dejar huella ninguna de su paso. El hombre común que forma la ralea, la masa imbécil que habita en todas las clases sociales. Y a cuántos de ellos conocemos, reflexivo lector. Los tienes a tu lado y detrás y delante de ti; ahí están omnímodos y sin cuento los que viven sólo para seguir viviendo.

TRES LIBROS UN POCO DIFÍCILES

Ya sucede que entrar en una librería sea aventura avergonzada. ¿Qué comprar? ¿A quién leer? ¿Quién está escribiendo y dónde? Las numerosas mesas, los innumerables libros coloridos. Y este oficio literario sin academia, sin asidero, sin finalidad precisa, al azar como cuando comencé, a ciegas en la búsqueda de lo que hay que saber. Se adelanta con gentileza el muchacho que atiende:

—Buenos días, maestro, en qué podemos servirle.

Me apena decir: *no sé*, y respondo: —Voy a ir mirando...

—Claro, maestro, está usted en su casa.

Ojalá —pienso—, porque la verdad es que ando en territorios desconocidos, leyendo títulos, nombres de autores, solapas, y en todo voy recibiendo primeras noticias. Esto no me pasaba a los treinta años. Tenía algunos amigos, leía reseñas de libros, discutía con aquellos día con día, iba a conferencias. Hoy no hay nada de eso. Dice el doctor Samuel Johnson: “La amistad es

variable y debe serlo en el hombre prudente. Si un hombre no hace nuevas amistades a medida que avanza la vida, pronto se encontrará solo. El hombre, señor, debe mantener su amistad en constante reparación". La antipática sabiduría del doctor suele ser infalible. Aquí es infalible. No sólo no renové mis amistades, sino que perdí las poquísimas que tenía; he conseguido armar una que otra en los últimos cuarenta años. Y no leo periódicos y no voy a ninguna parte. Y la soledad cobra, pues, sus dividendos.

Con eso, dejándome llevar del mero presentimiento, de aquel "guiño que, al pasar, el libro me hace" —cosa que dijo Alfonso Reyes y conté en algún capítulo anterior— aparté a tres autores y me puse a leerlos a la vez. Cincuenta páginas de uno, y cincuenta del otro, y cincuenta del otro, y vuelta al primero, y así hasta el cansancio. Son los libros: *Elogiemos ahora a hombres famosos* ("Let Us Now Praise Famous Men"), Seix Barral, de James Agee; *Amor inmortal* (título en ruso, inextricable), Alianza Cuatro, de Liudmila Petrushévskaja; *Mi vida en Alemania antes y después de 1933* (título en alemán, muy laborioso), Visor, de Karl Löwith.



Lo de James Agee es un reportaje —caja grande, letra chica— de cuatrocientas páginas, sobre la vida de tres familias blancas en los campos algodóneros de Alabama. Arrendatarios de pequeñas porciones de cultivo. Tierras de sol abrasador y

esporádicos diluvios. Trabajo homicida. Salarios míseros. Analfabetismo. Embrutecido adormecimiento del espíritu. Ruda buena fe de los labriegos vestidos de hilachos. El tiempo que pasa sin dejarse ver, cruelmente idéntico a sí mismo: asfixia de sol y polvo en el verano, y el cortante hielo del invierno. La semilla que germina será mata de maíz o de algodón hasta su muerte. El hombre y la mujer que nacen serán poderosos cuerpos resecos, buenos sólo para cosechar aquellas matas, hasta la muerte. Serpientes, alacranes, tarántulas, chinches, pulgas, piojos temibles. La pobreza, el silencio, la desgana hasta de lo más elemental. El amor y el deseo que se abren medroso paso a través de la fealdad y los monosílabos. El libro se escribió en 1936. Es hoy un clásico estadounidense, enfermo de ingenuo y minuciosísimo realismo periodístico. Los personajes —entraña del país más poderoso de la Tierra— van quedando desnudos de cuerpo y alma en el paginario, tratados con deliberado amor y paciencia y desde la humildad del chupatintas frente a seres humanos entregados sin queja y sin esperanza a un adverso destino.

Que las cosas ya no son así, me dice Jorge Bustamante, que sabe todo de la frontera y de los gringos; que los negros desplazaron a los blancos en el infierno del algodón; que después los chicanos desplazaron a los negros en ese infierno; que se ha tecnificado mucho el campo algodouero; que ahora los mexicanos no van a

la agricultura sino a los trabajos serviles, y así, para los nuestros, el asunto ya no es tan infernal, pero sigue siendo del carajo.



Lo de Liudmila Petrushévskaja es una reunión de treintaiséis Cuentos y Monólogos, de los que he leído la mitad. Y no he terminado simplemente por la gana de no terminar, de prolongar el gozo de la lectura. Los otros dos libros son de digestión difícil y aun ingrata, hay que meterse de oficio en ellos, hay que desentrañarlos; y éste de la rusa es jubiloso y hasta desconcertante por la videncia de mundo que ofrece y la fina trama-zón de las historias. En Agee los tropiezos corren por cuenta de las interminables descripciones innecesarias; en Löwith la filosofía y la historia reciente de Alemania llegan a ser un irritante obstáculo.

El mundo de Liudmila no es hermoso, pero tiene gracia en la ligera manera de tratarlo, en el modo cómo, de un cuento a otro, va quitando peso a los dramas. La vida acaba siendo la vida, sin más, sin aspavientos, sin alarmas, sin grandilocuencia, como tu vida y la mía que por fuera transcurren naturales y hasta recomendables y no advertimos que detrás de ellas, aparentemente invisible, se va dando incesante la tramoya de nuestro fraude, de nuestra pequeñez. Uno es lo que vivimos para que los demás lo vean, y otro, simultáneo, lo que vive nuestra desolación interior.

En la literatura de la Petrushévskaja se dan al mismo tiempo esos dos mundos, sin apartes ni paréntesis, sin explicaciones, con habilidad y maestría. No es posible deslindarlos. En ambos el bufón gesticula, y al fondo la realidad tuerce el gesto dolorido. Véase en el ejemplo que sigue.

El primer relato es una joven violinista encinta que pasea su buena clase entre las enfermeras de un hospital popular. Es arrogante pero discreta y gentil, y a regañadientes va contando su historia a las modestas compañeras. Da conciertos y la ensordecen los aplausos —dice— y los evita casi. Tiene marido, ingeniero jefe en una empresa lejana, para él son estas cartas que en grandes sobres azules envía todos los días. Por el niño que espera la ven devorar sin gana la bazofia del hospital. ¿No le hará daño el avión al hijo recién nacido? Por el accidente de automóvil que tuvo —un desmayo a media calle— es que está aquí metida, tragando cuanto le ponen delante. Los médicos buscan hablar con ella: de sus manos de artista, de su violín, de sus viajes por Europa; y se ve que la estiman y admiran porque se ven regocijados. Al salir, vamos, al salir retomará su vida y un par de nanas para la criatura. Un día le dan de alta. Su amiga millonaria ha venido por ella. Ella está altiva y condescendiente como nunca. Las mujeres la rodean y con amor y seriedad le aconsejan que naciendo su hijo lo lleve a una guardería del Estado, siquiera un año, mientras ella se rehace,

un trabajo, una vivienda, en fin... y le prometen guardarle las respuestas de su marido, que hasta hoy no han llegado. Y luego van a la reja y la ven alejarse entre los rieles del ferrocarril, muy erguida, dándose importancia, apoyada en la amiga, tropezando con su enorme panza, arrastrando los faldones de su arrugada gabardina amarilla.



Lo de Karl Löwith es autobiográfico y es serenamente dramático. Libro donde la emoción ha quedado fuera de contexto, por eso me fue difícil leerlo, y, ahora, fijarlo en la memoria; no tengo mirador para contemplarlo ni nada a que referirlo en mi experiencia. Cuando ya se sabe que la filosofía sirve para poco en la literatura, cuando no para nada, un libro que cuenta una vida a la zaga siempre de las ideas filosóficas, es libro impenetrable, en el que deben adivinarse personajes, humores, pasiones y acaeceres, porque de ellos nada se dice. Löwith es hoy nombre muy principal en la filosofía europea. Judío alemán, salido apenas de la adolescencia se hace soldado en 1914. Herido. Prisionero. Liberado. Regresa a Alemania. Es discípulo de Husserl y de Heidegger. En 1933 Hitler toma el poder. Löwith sale de Alemania. Italia. Sendai, en Japón. Estados Unidos. En cada lugar tiene que recomenzar desde cero, cruzándose memoriosas cartas filosóficas cada vez más espaciadamente con antiguos condiscípulos y maestros. Su condición

judía acaba aislándolo. En barco desde Japón hasta Estados Unidos aprende la lengua inglesa. Aquí vive en paz. Dieciocho años después regresa a su tierra de origen. Durante generaciones sus gentes se sintieron alemanas, habían olvidado que eran judíos, era lo que menos les importaba. Su padre, pintor, fue admirado y exaltado como pintor alemán. Löwith se casa con mujer aria, como si tal cosa. No hay nunca queja por sus itinerarios, por sus destierros. Hay un registro seco, aséptico en extremo de la estupidez o de la excelencia ajena: los teólogos y politólogos de aquella época lamentable, los falsos maestros, la brutalidad irracional de las persecuciones hitlerianas. Es un hombre absorto en la contemplación del pensamiento, que cuenta su vida en función de ideas exclusivamente, a quien parecen no afectarlo cambios de nacionalidad, de ciudades, de lengua, de costumbres, ni cataclismos que a muchos llevaron al suicidio o a la desesperación. Ni la huella de una lágrima, ni la huella de una íntima alegría. Limpia racionalidad de punta a punta. Creo que sí, pero en una atmósfera irrespirable. Se necesita, para vivir, la tierra literaria, que es el pecado, la pasión, la exaltación y el derrumbe.

La pasión de Löwith se da en sus reposadas reflexiones sobre Alemania y el nazismo. En el prólogo al libro dice Reinhart Koselleck: "El año de 1933 se experimenta como una ruptura. Y eso no sólo por su discriminación personal por

ser judío, sino también como resultado de un largo periodo de decadencia de la burguesía que, sacudida por la guerra y la inflación, se sumió en una autodestrucción para la que no parecía existir salida". La salida fue el ímpetu criminal al que se entregó Alemania, la diabólica fantasía de la raza pura y el imperio de mil años sobre los escombros de todo el Occidente. Anota Löwith: "Hoy en día no vacilaría en prestar servicios, en caso de necesidad también militares o políticos, junto a los enemigos de Alemania, porque esta Alemania es el enemigo de la humanidad y denigra decididamente todo lo digno que hay en nuestra existencia".

Hace ver Löwith cómo los jóvenes del círculo del poeta Stefan George incubaron los antecedentes directos del nazismo; liquidaron la concepción cristiano-burguesa del mundo, odiaban el "intelecto sin sangre", difundían en contra de los derechos del hombre en general la existencia de dos rangos: el común y el noble; se hablaba del Reich en vez del cristianismo, que resultaba antinatural, se predicaba el paganismo, se adoraba lo corporal, emparejaban el ser alemán y el griego, se exaltaba el amor masculino entre educadores y jóvenes, por encima de todo ponían el heroísmo y las virtudes bélicas. Los pensadores alemanes del nacional-socialismo veían en éste el nuevo *gay saber* como superación del nihilismo. "El espíritu —escribieron— es como última instancia de la filosofía un anacronismo." Y se diría que ésta la más reciente ex-

plosión del romanticismo alemán halla su causa en el Versalles imperdonable, en la humillación suprema que significó, en la rabia desmesurada que por Versalles anidó en el alma alemana. Se deshumaniza Alemania en el odio a sí misma y luego en el odio a las demás naciones, para prometerse una humanidad dorada a través del desprecio y la muerte sobre todos los hombres no alemanes. Y una vez más fue destruida. ¡Y cómo! Y este hecho atroz tampoco arrancó exclamaciones del firme corazón del judío alemán Karl Löwith.



Germán Dehesa me dice que los judíos insertan en el alma alemana la convicción de la raza superior o elegida, por donde el alemán es sirvo o criado del judío. Y que eso está en Borges, en *Deutsches Requiem*. Y Sandro Cohen me dice que no está en Borges, y que en último término los judíos se dicen elegidos para el cumplimiento de *La Ley*, no para la privanza homicida sobre los otros pueblos. Y Golda Meier dice: “No que hayamos sido elegidos, sino que nosotros *Lo* elegimos”. Martín Buber dice que el mejor mestizaje posible es el del judío y el alemán; que ahí la inteligencia llega a su mejor especie. Yo quiero decir que en Löwith, judío alemanizado enteramente, sí se advierte la intensa mezcla de los caracteres adversarios.